

Pero esos progresos de la Ciencia no han despojado á la hipótesis de su carácter de incertidumbre. Desde hace veinte ó treinta siglos la Ciencia marcha á pasos de gigante; el dominio de los conocimientos positivos se ha agrandado de un modo inmenso; y sin embargo, el supuesto de la pluralidad de los mundos habitados no franqueó aún los límites de la simple probabilidad.

Estamos convencidos de que en los siglos venideros la Ciencia ha de seguir perfeccionándose.

Y á pesar de sus progresos futuros, ¿será entonces la Ciencia más favorable á la tesis de la pluralidad de los mundos habitados? No es imposible, pero es dudoso.

A pesar de que una persona apasionada por las verdades astronómicas ofreció un premio de cien mil francos al sabio que por primera vez nos ponga en comunicación con nuestros vecinos del planeta Marte, todavía no se ha logrado ni un resultado positivo.

Es verosímil que pasen muchos años antes de que el telescopio nos muestre esos habitantes de Marte, que son los que más cerca de la Tierra se hallan, á menos que también la Luna esté poblada.

Si nos es imposible ver á nuestros vecinos, ¿se necesitará menos tiempo todavía para que con ayuda del telégrafo ó de un fotófono—en el que los rayos luminosos jueguen el papel de hilos conductores—podamos cambiar nuestros pensamientos con los habitantes de Marte?

En tanto que no se realice uno ú otro de esos descubrimientos—ó alguno de su género—nada de cierto se sabrá acerca de la pluralidad de mundos habitados. Podríamos, pues—como antes lo hemos dicho—esperar en paz, sin inquirir cuáles son las posibles relaciones que medien entre las poblaciones australes y el dogma de la Encarnación.

Tendríamos derecho á dejar ese problema al cuidado de nuestros sobrinos en segundo grado. Y, en efecto, ¿á qué fin perder el tiempo combatiendo enemigos que ni siquiera han nacido?

Pero, como muchos de nuestros contemporáneos se imaginarían que la Apologética retrocede ante una dificultad quimérica, cuyo valor exageran extremadamente, la examinaremos en este opúsculo.

Desde luego no pretendemos ser los primeros que traten la cuestión. Algunos nos han precedido; otros nos seguirán; la verdad no cambia, si bien está permitido exponerla de diferentes modos, según los tiempos y el medio donde cada cual se encuentra.

Así veremos, cada día con mayor evidencia, que la objeción (si es que la objeción existe) ha sido científica y teológicamente resuelta muchos siglos antes de que los enemigos de nuestra Fe se hallen en estado ó en condiciones de plantearla científicamente.

No daremos pretexto alguno para culpar á la Apologética de hallarse retrasada, cuando por el contrario, su adelanto es notorio.

Un buen general no se contenta sólo con defenderse; impide que el enemigo le dañe ó le perjudique.

El mejor médico no es el que cura la enfermedad lo es quien la prevé.

## CAPITULO II

### *¿Todo planeta habitable está habitado?*

#### I

ORIGEN DE LA VIDA SEGÚN LOS MATERIALISTAS.—LA GENERACIÓN ESPONTÁNEA Y LA TRANSFORMACIÓN DE LAS ESPECIES.

Precisemos los datos en que la cuestión se basa antes de responder directamente á la pregunta.

¿Están autorizados los partidarios de la pluralidad

de los mundos para decir que todo planeta habitable se halla necesariamente habitado?

Esta conclusión no se deduce, en efecto, de las premisas. Multitud de cosas son posibles, y, sin embargo, no se realizan ó no se realizarán jamás.

Según nuestros contradictores bastan algunas burujas de aire, una gota de agua y un rayo de Sol para producir la aparición de miradas de vivientes.

En tal caso millones de seres que pueblan la Tierra; que viven en la atmósfera y en el seno de los vastos Océanos, hubieran sido engendrados por el calor y la lluvia. El cuerpo humano sería producto del planeta terrestre. Nuestro peso, nuestra talla, la densidad de nuestros tejidos, el volumen de nuestros esqueletos, la duración de nuestra vida, los períodos de trabajo y de sueño, la cantidad de aire respirado ó de alimento que asimilamos cotidianamente, y, en una palabra, todos los elementos de la máquina humana habrían sido organizados por el planeta omnipotente en cuya superficie obramos.

El globo terrestre sería, en consecuencia, nuestra morada, nuestra patria, nuestro padre, nuestra madre; y los hombres... hijos de la Tierra.

Los autores que sin fruncir las cejas afirman parecidas enormidades, se burlan de la Biblia cuando ésta nos enseña que, para hacer nuestro cuerpo, Dios tomó barro terrestre «de limo terre», si bien nuestra alma, hija del Cielo, es un soplo salido de la divina boca.

Oigámosles decirnos seriamente que: «La capacidad de nuestros pulmones y la forma de nuestro pecho, la naturaleza de nuestra alimentación y «la largura del tubo digestivo», el andar y la fuerza de nuestras piernas, la vista y la construcción del ojo, el pensamiento y el desenvolvimiento del cerebro, etc., todo eso ha sido «fabricado, compuesto, determinado por el planeta que habitamos.»

Si somos hechos como somos, á la Tierra se lo debemos. Ella nos benefició con dos pies; pero del mismo modo pudo darnos cuatro. Tenemos dos manos; la Tierra pudo darnos seis como á los informes ídolos chinos que en nuestros museos se exhiben.

De esa suprema organizatriz dependen todas nuestras funciones, hasta las, en apariencia, más arbitrarias, «y hasta las épocas de máximo de nacimientos, matrimonios y muertes.»

Tan ridícula doctrina descansa sobre un doble error: la generación espontánea y la transformación de las especies.

El error de la generación espontánea ha sido cien veces refutado. No sólo lo rechazan los teólogos, sino también los hombres de ciencia, demostrando que es absurdo manifiesto.

Tras las decisivas experiencias realizadas á este propósito por eminentes sabios, ya no se la puede sostener racionalmente.

Y sabemos á qué atenernos, porque está demostrado que entre la materia y la vida—hasta la más ínfima—hay una barrera infranqueable.

Pero el absurdo de la «heterogeneidad» (así es como se la llama), es tan cómodo para prescindir de Dios y negar el acto creador, que el hipócrita incrédulo no se decide á renunciar á ella. Es la máscara científica que oculta las mentiras del ateo.

Esas almas fuertes temen rebajar su elevada inteligencia, cometer un crimen contra la sociedad, y arrastrar por el lodo la dignidad humana, creyendo en los milagros, en la Revelación y en los misterios de la Fe. A pesar de lo cual, admiten sin trabajo el desacreditado sistema de que la Tierra produzca por sí misma la vida.

En eso pretenden hacerse eco de la Ciencia moderna, cuyos progresos pregonan incesantemente. Y cu-

bren con el ridículo á los antiguos, y los llaman ignorantes. Lo cual no empece para que copien las propias doctrinas de los antepasados á quienes difaman, contentándose con vestirlas de nuevo ó darles un barniz superficial, pero sin modificarlas en el fondo.

En efecto; ¿qué es el error de la generación espontánea sino una tesis falsa, profesada desde hace veinte siglos, por hombres que de haber conocido las experiencias actuales hubiesen tenido, al menos, el buen sentido suficiente para cambiar de opinión?

Sí; los antiguos filósofos y algunos de la Edad Media pensaron que un rayo de Sol, cayendo sobre el lodo humilde, bastaba para hacer nacer una multitud de versátiles, de animáculos, de moscas, de insectos y hasta de reptiles, cual las serpientes, los escorpiones, los lagartos, etc.

He ahí, pues, á nuestros libre-pensadores obligados por su incredulidad á renunciar á los progresos de la Ciencia y á sumergirse en las tinieblas de la Edad Media.

Siempre se es castigado por donde se pecó. Nuestros adversarios han querido hacer que la Ciencia sirviera para propagar las doctrinas antirreligiosas, los prejuicios—de que aún no quieren desembarazarse—; y esos prejuicios y tales doctrinas los recluyen, fatalmente, en la cárcel de los viejos errores.

Como á los antiguos de quienes se burlan (muy sin razón, no obstante parecérseles), dejémosles afirmar á su gusto que el germen no es necesario para la generación, y que el Sol es capaz de engendrar moscas en la atmósfera, serpientes en el fango, ranas en e agua y cespéd en los campos.

Cuando les sea útil para la defensa de sus falsas ideas no temerán asegurar, cual los mismo antiguos, que el oro, amarillo y brillante, es producido por el Sol; la plata, por la Luna blanquecina; el plomo, por

Saturno, el del grisáceo tinte; el estaño, por Júpiter; el acero, por el sanguinario Marte; el cobre, por Venus; el azogue ó mercurio, por Mercurio, y, en fin, las piedras preciosas por las estrellas, á las que se parecen por su color y por sus centelleantes luces.

La opinión materialista sobre el origen de la vida descansa, además, sobre un segundo error, tan falso como el primero: el error de la transformación de las especies; sistema inventado á capricho, que ya hubiera sido universalmente rechazado, sino porque se usa de él como de máquina de guerra contra la Religión.

Aunque ese sistema fuera cierto no constituiría una objeción contra nuestros dogmas. Si hablamos de él, combatiéndolo de paso, no lo hacemos porque sea antirreligioso, sino porque es anticientífico.

Experiencias memorables han demostrado, de manera incontestable, la fijeza de las especies; jamás los esfuerzos de todos los hombres reunidos han logrado crear un tipo nuevo, específicamente diferente de los que la Naturaleza nos presenta.

En efecto, no es formar ó crear una especie el hecho de mejorar una raza ó desenvolver, á costa de las otras, una cualidad accidental.

El caballo de tiro y el caballo de carreras, por ejemplo, dotados de cualidades diversas, no dejan de pertenecer á una misma especie: á la especie caballo.

A pesar del aparato científico bajo el que los materialistas esconden ú ocultan sus errores, se ven detenidos á cada paso por las más simples objeciones, irrefutables para ellos.

Porque, en fin, si únicamente el planeta terrestre organiza la máquina humana, ¿cómo es posible que los hombres que habitan el mismo globo, viven bajo el mismo clima, en las mismas condiciones, salidos de la misma raza y de la misma familia, sean—á pesar de

ello—tan diferentes en lo que respecta á la estatura, al carácter, á la inteligencia y á la salud?

¿Se atribuirá las divergencias á la intervención de causas particulares?

Pero ¿cuáles son esas causas? Muy difícil fuera indicarlas. Jamás se justificarían tantas excepciones impuestas á la regla general.

## II

### EL DIOS-AZAR

Para justificar las excepciones impuestas á la regla general—de las que en el capítulo anterior hablamos— los materialistas dan una respuesta, soberana según ellos: ¡el azar!...

Esta palabra es muy cómoda para evadir dificultades y evitar malos pasos; pero, ¿qué es lo que explica?

En primer lugar, sería preciso que se explicase por sí misma. Sin ésto, en vez de aportar luz aumentará la oscuridad.

Los materialistas ensayaron explicarla; y para encubrir mejor la vaciedad de sus expresiones, han procurado, como de costumbre, sumergirlas en la ola de las expresiones pomposas, pseudocientíficas, pero vacías de sentido á pesar de la sonoridad de sus sílabas.

Hablan, en efecto, de Anatomía comparada, de Osteología, de Embriología, de Fisiología, de Paleontología; hablan después de las primeras células rudimentarias y de su dirección primordial...

No bastándoles todo eso, y como les urgía decir de dónde procede la dirección primordial de las células y cuál es la causa de que actúen en un sentido mejor que en otro, respondieron diciendo que no conocen claramente el fenómeno.

Lo creemos sin pena.

En la época de la aparición de la vida en la superficie del planeta— dicen los materialistas—, las primeras células orgánicas tomaron tal ó cual dirección inicial, «por una razón ó por otra; tal vez conformándose con las leyes eternas de la materia» (¿cuáles leyes?); tal vez, también, «por azar»...

Tal es la causa por la que muchos animales son cuadrúpedos y no sextúpedos. Tal es el motivo por el que tenemos dos brazos y no cuatro, etc., etc.

El azar, exclaman ellos: ¡el azar!... ¿Quién sino él ha reunido los átomos y las moléculas en combinaciones infinitas? Así se han formado todas las partes de los cuerpos animados: la carne, la sangre, los huesos, etc.

¿No son partes compuestas—en proporciones fijas y ya conocidas— de elementos simples, á saber: hidrógeno, oxígeno, carbono y nitrógeno?

Los inmensos progresos de la Química, descubriéndonos esas verdades, han permitido á los sabios elaborar muchos de los compuestos orgánicos que suponíamos se hallaban fuera del alcance productordel poder humano.

Tras de esas operaciones, difíciles sin duda, pero fecundas en resultados, se halló, en las retortas de nuestros laboratorios, úrea, alcohol, azúcares diversos y hasta albúmina.

Así, pues, en el principio y entre el infinito número de combinaciones posibles, el azar determinó aquellas. ¡Cosa bien sencilla!, y he ahí por qué hay en la Tierra carne, hueso, fibrina, celulosa, etc., etc.

¡Cosa muy sencilla!... Sí; bajo algún punto de vista; pero ¿es cosa concluyente?

Declaramos que en esa explicación se echa de ver una gran simplicidad; ¡mas toda simplicidad no es de buena ley!

Cuando la sencillez se une al genio y á la fuerza de los argumentos, es sublime; cuando denota falta absoluta de lógica, destierra la ingenuidad y el candor.

Si «el azar» hubiese alguna vez combinado los elementos orgánicos en las proporciones necesarias para la constitución de la albúmina, de la célula nerviosa, ó de un grano de almidón, habría evidentemente obrado por azar.

Luego es de esencia, en lo que «por azar» se produce, el no ser cosa permanente. Lo que ha hecho «el azar», puede, con casi igual prontitud, deshacerlo cuando los elementos varían; porque «el azar» es enemigo de lo estable.

Así, pues, si, desde hace muchos siglos, los elementos se combinan siempre de la misma manera, esa combinación no se debe sólo al azar.

Se ha comparado luego el laboratorio de la Naturaleza al laboratorio de un químico. Pero no hay paridad entre ellos; la comparación carece de fundamento.

En el laboratorio de la Naturaleza, así mirado, faltaría una cosa que se encuentra en todos los laboratorios químicos: el químico mismo.

¿Es ello poco?

Jamás haréis creer á un sabio que él mismo es en su oficina una cantidad puramente despreciable, ó que resultarán bien las experiencias no dirigiéndolas él ó alguna persona que le reemplace.

Los mejores instrumentos no dan resultado si no se emplean bien ó si no se utilizan debidamente.

En un laboratorio, aunque esté tan bien dotado como imaginarse quiera, no bastan solamente las balanzas de precisión, los reactivos, los ácidos y las sales, las retortas, los tubos de ensayo y los frascos de cristal, los alambiques y los demás numerosos aparatos de todas las formas y de todas las dimensiones.

En un laboratorio es sobre todo necesaria una mano que obre; es necesaria, principalmente, una inteligencia que cuide de todo, que vele por todo, que pese con cuidado los elementos que se trate de combinar y los ponga en las requeridas condiciones para que puedan unirse y producir los resultados apetecidos.

Se ha repetido muchas veces la afirmación de que los más hermosos descubrimientos astronómicos no fueron hechos por quienes podían servirse de los más grandes telescopios, sino que han sido obra de hombres de genio que algunas veces sólo dispusieron de instrumentos mediocres, que hoy despreciaría un simple «amateur».

Lo mismo ocurre en multitud de Ciencias, y, particularmente, en la Química.

Así, pues, en un laboratorio bien ordenado es ante todo preciso un químico. A él le incumbe dirigir la operación en su conjunto y en sus detalles.

Por lo tanto, en el laboratorio de la ciega Naturaleza—tal como nos la pintan los materialistas—no hay ni mano agente ni inteligencia que la presida.

¿Cambiará sus condiciones esenciales la inmensidad de la oficina?

¿Será innecesario el químico en un laboratorio cuando se aumentan sus dimensiones, se multiplican sus instrumentos, y se amontonan con mayor abundancia—en sus cajas ó en sus frascos—los elementos de todas especies, sólidos, líquidos ó gaseosos?

¿Quién osará sostener semejante absurdo?

¿No será tanto más necesaria una inteligencia que ordene regularmente las operaciones, cuanto mayor sea el número de los elementos que se haya de agrupar, combinar, acercar ó desunir?

Faltando una inteligencia directora en el gran laboratorio, y á pesar de sus riquezas, se convertiría pronto en mezcla innominada de elementos los más

diferentes, en oficina centro de una confusión inexplicable, de mezclanza inútil, de barullo indescriptible, de desorden general, que no será efecto del arte, y en una palabra, por decirlo todo, en un verdadero caos.

Sin una inteligencia organizadora y una voluntad que obre, ¿ocurriría otra cosa en el laboratorio de la Naturaleza material?

En ella se encuentra un número incalculable de elementos; pero están diseminados. Hay en ella humedad y calor, afinidad y atracción, magnetismo y electricidad con sus inagotables recursos; y pueden luchar unas contra las otras esas fuerzas inconscientes, engendrando las tempestades y los huracanes; pero jamás lograrán por sí engendrar la vida.

Porque para producir la vida, ¿basta acaso formar una vez «por azar», alcohol, celulosa ó moléculas de origen orgánico? ¿Es capaz de llegar á producir la vida el químico más hábil?

La Ciencia humana ha logrado componer un polvo blanco parecido á la harina; ¿ha conseguido jamás extraer de sus retortas un grano de trigo apto para germinar, impulsando fuera de la Tierra una paja con espigas?

Después de numerosas manipulaciones, la Ciencia demostró que algunos de sus productos se parecen á la albúmina y á la yema de huevo; ha envuelto estos productos en una envoltura análoga á la del huevo, y después, ¿acaso ha conseguido nunca hacer salir del huevo artificial un pollo vivo y apto para transmitir la vida?

No, no; á medida que progresa la Química orgánica descubre con más claridad el hecho de que la vida no resulta únicamente de la ordenación de moléculas ó de la combinación de los átomos.

La Química bajo el punto de vista de la composi-

ción elemental no encuentra diferencia alguna entre un ser vivo y un ser muerto.

Por lo tanto, á menos de sostener que un cadáver y un ser vivo son una misma cosa, es preciso admitir, necesariamente, que en el ser vivo hay un principio superior á la materia; principio que la Química no logra coger ni puede analizar.

### III

#### ORIGEN DE LA VIDA SEGÚN LA RAZÓN; EL «FIAT» CREADOR

Si el principio origen de la vida es superior á la materia—cosa indiscutible—es evidente que jamás la materia por sí misma producirá la vida.

Así, pues, y para volver á nuestro punto de partida, la Astronomía, por el sólo hecho de que los astros sean habitables, no nos prueba que se hallen habitados.

Aparte las condiciones climatéricas y meteorológicas indispensables para el desenvolvimiento de la vida orgánica—condiciones que existen en algunos cuerpos celestes—es preciso un «fiat» creador que anime la materia, elevándola á un orden superior, vegetal, animal ó humano.

El necesario «fiat» es un acto libre del Todopoderoso, y por lo demás, sólo poseemos dos medios para saber con certidumbre si los astros, incluso los habitables, están habitados; á saber: ó bien la Revelación especial de Dios hecha á la humanidad, ó bien un tal grado de perfeccionamiento en los instrumentos de la óptica, que, con su ayuda, pudiéramos divisar en la superficie de los astros signos irrecusables de la presencia de una raza intelectual; por ejemplo, ciudades, obras de arte, monumentos, etc.

No disponemos de otros medios para averiguar si los astros están habitados, mientras no se invente un medio de locomoción que nos lleve á tan lejanos parajes.

El globo ó el aereoplano no son aprovechables, sabido que en los espacios interplanetarios reina el vacío absoluto.

El sistema más práctico sería encerrarse en una bala vagón y hacer que la lanzaran hacia la Luna, hacia Marte ó hacia Neptuno.

Semejante sistema tendría sólo el pequeño inconveniente de que los organizadores de esos trenes de placer no expenderían billetes de ida y vuelta. Pero este es un detalle insignificante; ¡se trata de volver!... Lo esencial es partir; respecto de lo demás... lo pensaremos más tarde..

Desgraciadamente, los autores de ese sistema no han podido ó no han querido ensayarlo ellos mismos; ¡si vosotros supiérais la causa!; ¡se hallan tan ocupados aquí abajo!... Se los disputan las Academias, los Congresos, las redacciones de los periódicos ó de las revistas científicas; les es imposible personarse en todas partes.

En consecuencia, han buscado hombres de buena voluntad que dispusieran de tiempo libre para emprender semejante viaje.

A fin de que no les detuviera la cuestión pecuniaria, les ofrecían pagarles todos los gastos.

Prometiéronles, además, colocarles en lugar preferente en la galería de hombres célebres, de esos cuyo nombre, rodeado de gloria, repercutirá hasta en la más alejada posteridad.

Se les daría el nombre de «Cristóbal Colón del Océano celeste, Américo Vespucio del mar etéreo»...

¡Qué promesas tan mágicas!... ¡Qué porvenir tan seductor!...

Y bien... ¿Creeréis lo que vamos á deciros?... ¡Ah!, ¡qué vergüenza! ¡En nuestra pobre humanidad no hay, como en otro tiempo hubo, almas grandes, dispuestas á intentar grandes empresas!

¡Nadie ha sido capaz de responder al llamamiento de los organizadores del viaje!...

¡Cosa desoladora, tanto para la Ciencia como para el honor de nuestra raza!

¿Qué pensarán de nosotros los habitantes de los mundos solares cuando sepan nuestra cobardía?

Por causa de nuestra falta de valor, nos es, pues, preciso esperar (¡y quién sabe cuánto tiempo!) la prueba científica de la existencia de nuestros vecinos.

¿Cuándo poseeremos la prueba perentoria, irrefutable, invencible, prometida desde hace tanto tiempo, y desde no hace menos tiempo deseada?...

### CAPITULO III

#### ¿En qué consiste el conflicto?

##### I

#### ¿ORDENA LA RELIGIÓN CATÓLICA LA TESIS DE LA PLURALIDAD DE LOS MUNDOS HABITADOS?

Frecuentemente, las discusiones filosóficas provienen de la mala inteligencia ó de las equivocaciones. No es raro ver discutir á un conjunto de personas que, en el fondo, poseen ideas iguales.

¿Acaso se nos dió la palabra para disfrazar mejor nuestros pensamientos? Algunos lo pretenden, pero caen en el error, salvo cuando hablan de los diplomáticos.